

á explotar á la cristiandad; los monjes mendicantes, transformados en exactores del fisco romano, sacaban dinero á clérigos y legos, bajo pena de condenacion eterna (1); y estas exacciones sublevaron á los pueblos en contra del papado, contra el cual se volvían las armas de que abusaba; los papas no eran fuertes más que por la opinion pública, y la opinion pública se desviaba de un poder opresor.

Huyendo Inocencio IV de Federico II, pidió un asilo en Francia. Temiendo los barones que un huésped tan poderoso llegase á ser su señor (2), contestaron que no consentirían que el soberano pontífice se estableciese en el reino; con esta negativa, Inocencio se dirigió al rey de Aragon, que también halló una excusa; entónces el papa se dirigió á Inglaterra, cuyo rey era su vasallo; pero los barones resistieron con fuerza á los deseos del débil Enrique: "Basta ya, decían ellos, que estemos

(1) Entre las quejas del clero frances se lee (*Gravamina Ecclesie gallic.*, en GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 56, nota h) en tiempo de Luis IX: «Fratres minorés discurrunt per totum regnum et intolerabiliter gravant Ecclesias multis modis et diversis.» Decían á los clérigos: «Præcipimus vobis ex parte domini Papæ septimam partem omnium ecclesiasticorum proventuum vestrorum, alioquin excommunicamus vos.» Los obispos deben imponer á sus parroquias, siempre bajo pena de excomunion: «Ut subditos suos compellant per penam excommunicationis ad solvendam summam illam.»

(2) M. WESTMINSTER.

infectados de las usuras y simonías de los Romanos, para que además venga el papa también á saquear por sí mismo las iglesias y el reino» (1). Furioso con esta negativa, Inocencio exclamó, en su despecho, que, cuando hubiese aplastado al dragón (el emperador), pisotearía á aquellos reptiles de reyzeuelos que se rebelaban contra el vicario de Dios (2). El dragón sucumbió bajo el golpe del papado, pero los reptiles continuaron rebelándose; fortalecidos con el sentimiento nacional, que reivindicaba la independencia y la soberanía, los reyes se emanciparon de la tutela pontificia; la sociedad civil, creciente en moralidad y en inteligencia, rechazó una dominación que amenguaba su individualidad, y el papado sucumbió á su vez bajo el golpe de los reyes. ¿Quién es, pues, el vencedor en la lucha secular del sacerdocio y el imperio? El imperio y el papado han muerto; sólo la causa de la humanidad, que es la de Dios, triunfa; no debe haber papa, ni emperador, ni monarquía universal, espiritual ni temporal, ni tiranía civil ni religiosa, sino naciones é individuos que se desenvuelven libremente en las vías del progreso trazadas por Dios.

(1) M. PARIS, *ad a.* 1246, p. 576.

(2) M. PARIS, *ad a.* 1254, p. 580.

LIBRO TERCERO.

DISOLUCION DE LA UNIDAD DE LA EDAD MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DECADENCIA DEL IMPERIO.

I.

Los emperadores de Alemania se decían sucesores de los Césares y jefes temporales de la cristiandad. Con este doble título, el imperio contenía el germen de una monarquía universal, que, destruyendo toda vida individual, se opone á los designios de Dios en la creacion; por esto Dios rompe las débiles obras de los hombres que pretenden igualar ó imitar su omnipotencia; los pueblos hubieran perecido bajo las magníficas apariencias de la unidad romana si la Providencia no hubiese enviado á los Bárbaros para regenerarlos; la Providencia también es la que arma al pontificado para detener en su principio la ambición de los emperadores de Alemania. Esto no quiere decir que los Hohenstaufen hayan amenazado á la libertad del mundo tan seriamente como Roma, teniendo contra sí el espíritu de los pueblos germánicos, que empuja invenciblemente á la division, á la separación, al individualismo. Los Hohenstaufen no tenían en su favor más que su genio, y debían fracasar.

En el fondo, el debate no era tanto entre las pretensiones absorbentes del imperio y los derechos de las naciones como entre la Iglesia y el Estado. Los emperadores, que debían ser los defensores de la cristiandad y el apoyo de la santa sede, quisieron ser los dueños. La Iglesia, lejos de someterse al poder temporal, aspiraba, por el contrario, á dominar sobre los reyes; de aquí una inevitable lucha que no podía tener otro resultado que la caída del imperio. Desde Gregorio VII trabajaron en ello los papas sin descanso; en vano protestan de sus buenas intenciones; en vano persiguen el ideal de la unidad fundado en la armonía del pontificado y del imperio; el ideal era falso y la armonía imposible. Si el emperador es el jefe temporal de la cristiandad, debe ser fuerte; si es fuerte, amenaza á la independencia de la santa sede, y es preciso debilitarle; hé aquí por qué Gregorio VII, fundador del pontificado, fué al mismo tiempo destructor del imperio; el poder de los emperadores podía llegar á ser formidable por la herencia; Gregorio apoyó á los príncipes alemanes para hacer electivo el imperio. El ascendiente de

los Hohenstaufen, si se hubieran conservado, habría acabado por vincular el imperio en su familia; para destronarlos, hizo Inocencio un llamamiento á la libertad de Alemania y á los derechos de los príncipes. La eleccion triunfó, y ya fué esto un gérmen de debilidad irremediable.

Desde luégo se hace imposible la unidad por medio del emperador. El genio alemán, inclinado á la division, se desarrolló libremente. Los grandes vasallos, que en su origen no eran más que funcionarios, se crearon una especie de soberanía, con lo cual sus intereses se encontraban en oposicion con la unidad del imperio, y la guerra civil quedó, en cierto modo, establecida en Alemania. Los papas habian debilitado el imperio para ser los señores; pero los emperadores resistieron; entónces comenzó la obra de destruccion. Gregorio VII podia esperar todavía la union de los dos poderes, y no veía más obstáculo para realizarla que las malas pasiones de un príncipe. Despues de Federico Barbaroja y Enrique VI, Inocencio III podia creer que la discordia estaba sostenida por la ambicion de una familia, y separó á los Hohenstaufen del trono; pero hé aquí que el protegido de la santa sede, apénas coronado, volvió sus armas contra el protector. La experiencia es decisiva; se ve claramente que la concordia del sacerdocio y del imperio era una imposibilidad; puésto que el imperio es incompatible con el papado, es menester que desaparezca el emperador, para que ocupe su lugar el vicario de Dios.

El papado consiguió su objeto; veamos qué uso hizo de su victoria. Inocencio IV escribió á los príncipes alemanes llamados á elegir el landgrave de Turinga, esperando que aprobáran lo que habia tenido á bien disponer y que nombráran sin dilacion y por unanimidad al candidato de la santa sede (1). El rey elegido por los arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia, mereció el sobrenombre de *rey de los sacerdotes*, y fué literalmente vasallo del papa: ¡se le vió solicitar la confirmacion de la santa sede para actos deliberados en una dieta de

(1) «Nostris in hac parte beneplacitis libentius et promptius vos credimus parituros. Hinc est quod universitatem vestram monemus quatenus eundem lantgravium unanimiter absque dilationis dispendio eligatis» (RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1246, § 2). El landgrave fué elegido por los arzobispos de Tréveris, de Maguncia y de Colonia. *De mandato et voluntate Domini Innocentii Papae (Gesta Trevirensis Archiepiscopi*, núm. 186, en MARTENS, *Anecd.*, t. IV, p. 253).

príncipes! (1). Los obispos mismos despreciaban su propia hechura: unos hicieron arrojar al Rhin gentes del rey, otros prendieron fuego á la casa habitada por el jefe del imperio. Esta sombra de monarquía no inspiraba amor ni miedo; todo lazo de unidad estaba roto, aislándose cada uno, sin contar más que con su propia fuerza ó con sus alianzas personales, considerándose el imperio y todos sus derechos como bienes vacantes y sin dueño, que daban al más fuerte la mejor parte del botín. Los *reyes de los sacerdotes* cooperaban á esta obra de disolucion, vendiendo, así que encontraban comprador, los bienes, los hombres, las ciudades y los derechos del imperio (2); en fin, el imperio mismo fué puesto en almoneda.

Despues de la muerte del landgrave de Turinga, la corona de Alemania, la primera dignidad del mundo cristiano, fué ofrecida al conde de Güeldres, que rehusó este honor por haber llegado á ser casi un oprobio. El duque de Brabante rechazó igualmente las ofertas que se le hicieron. El hermano del rey de Inglaterra tampoco quiso una corona que no daba poder ni consideracion, y hasta el rey de Noruega se negó á hacerse instrumento ciego de la Iglesia. Al fin el conde de Holanda llegó á consentir en ser emperador, segun un contemporáneo, porque habia perdido todas sus posesiones, hasta la herencia de sus padres (3), y aceptó el imperio como un hombre arruinado puede aceptar un pedazo de pan; despues de la desaparicion de esta sombra de rey, no se encontró otro candidato en Alemania; entónces se dirigieron á los príncipes extranjeros; habiendo penetrado en esta época la reputacion de las esterlinas en el continente, los arzobispos de Colonia y de Maguncia vendieron el trono de Alemania al conde Ricardo, obligándose el comprador á dar doce mil marcos de plata al primero, ocho mil al segundo, diez y ocho mil á los dos duques de Baviera y ocho mil á cada uno de los demas príncipes (4). Alemania tuvo, pues, dos reyes: Alfonso, que no puso nunca el pié en su reino, y Ricardo, que no hizo más

(1) El papa responde al rey de Alemania: «Nos tuas sublimi tatis precibus inclinati, quod a te super hoc factum est, et ratum habentes et gratum, illud apostolica auctoritate confirmamus» (RAYNALD., a. 1252, § 17).

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 348 y sig., 345, 190, 346.

(3) M. PARIS, *ad a.* 1251, p. 608.

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 361-365.

que una corta aparicion en él; no siendo sus tesoros inagotables, perdió con el dinero sus partidarios (1).

II.

Hé aquí lo que los papas hicieron del imperio de Occidente; la corona que daba el gobierno temporal de la cristiandad no tentaba ya ni siquiera á los pequeños príncipes alemanes; se la vendía en almoneda: ya no habia imperio. Los *reyes de los sacerdotes* no tenian ninguna autoridad en Alemania; ¿cómo habian de pensar en Italia? Cuando, despues de la caída de los Hohenstaufen, fué llamado al trono Rodolfo de Habsbourg, la monarquía volvió á tomar alguna fuerza; pero los Alemanes habian perdido la aficion de las expediciones italianas, y Rodolfo abandonó la Italia á si misma (2), cesando, durante sesenta años, toda relacion entre los reyes de Alemania y las ciudades italianas; sin embargo, la idea del imperio sobrevivió al imperio, siendo siempre considerado el emperador como heredero de los Césares de Roma y como dueño del mundo; esta idea, esencialmente romana, tenia, en Italia principalmente, grande poder; el derecho romano, enseñado con aprovechamiento en Bolonia, gozaba de inmensa autoridad; y en su entusiasmo por las leyes de Justiniano, los legistas confundian en un mismo culto las máximas de eterna justicia profesadas por los jurisconsultos de Roma y las pretensiones de los emperadores á la monarquía universal; estando escrito que los Césares eran los dueños del mundo, el universo debía someterse á sus sucesores.

En el siglo XIV, una familia nueva recibió la corona de Alemania. Enrique VII, el primer emperador de la casa de Luxemburgo, parecía realizar todos los nobles sentimientos é instintos elevados de la caballería andante; tipo del héroe cuyo nombre ha inmortalizado Cervántes, recorrió el mundo buscando aventuras, enderezando entuertos y protegiendo al inocente oprimido (3). Enrique VII

(1) Los Alemanes decían con una sencillez algo grosera: «Quod eum non dilexerunt propter personam, sed ratione substantia, et dederunt ei libellum repudii.» *Auctor incertus, ap. URSTISIUM* (RAUMER, t. IV, p. 365).

(2) ALBERTUS ARGENTINENSIS, *Chronica*, ap. URSTISIUM, t. II, página 103: «Rex Rudolphus nullum motum habens ad Italiam, forsitan quia vidit ceteris multis male successisse.»

(3) *Gest. Balduini, Trevirensis Archiepiscopi*, II, 1: «Fuit miles imperterritus, hostiludiorum et torneamentorum a mari ad mare in juventute semper questivus, iudex justissimus; pau-

vívía siempre en el mundo de la poesia, siendo extraño á toda realidad; ¿debemos admirarnos de que se entusiasmase por la grandeza del imperio? No vió en ello un objeto de ambicion personal; estaba allí como en un gran teatro desempeñando el papel de caballero, de órgano de la justicia y guardador de la paz (1); por una singular casualidad, estas ideas entusiasmaban en la misma época á uno de los más grandes poetas del mundo moderno: el *Dante* habia formado un ideal del imperio; y cuando supo que el rey caballero pasaba los Alpes para reivindicar la corona imperial, creyó que Enrique realizaria la edad de oro con que él habia soñado en su amargo destierro, y escribió una epístola dirigida á todos los príncipes é infantes de Italia, exhortándoles á recibir dignamente al salvador que iba á llegar: porque, á sus ojos, el rey de Alemania no era nada ménos que un salvador. El *Dante* evocó los recuerdos de Virgilio y de los oráculos sibilinos, y tomó el lenguaje de los profetas para infundir á los Italianos sus esperanzas: «Se aproxima el tiempo deseado en que se manifiestan los signos de consuelo y de paz; el nuevo día comienza á derramar su luz, mostrando desde el Oriente la aurora que disipa las tinieblas de nuestra larga miseria... Vamos, pues, á gozar de alegría, nosotros que hace tanto tiempo habitamos en el desierto; el sol de la paz va á aparecer, y la justicia, que no daba ya claridad, va á adquirir un nuevo esplendor... El leon de la tribu de Judá ha prestado atencion á los lamentos de la opresion universal... Regocíjate en adelante, ¡oh Italia tan digna de piedad! que muy pronto ha de enviarte el mundo entero, porque tu esposo, el piadoso Enrique, el glorioso César, se apresura á acudir á tus bodas; enjuga tus lágrimas, oh la más bella de las vírgenes, y arroja las vestiduras de luto... Levantaos ante vuestro rey, ¡oh habitantes de Italia! obedecedle y dadle el poder vosotros, tanto los que bebeis en sus fuentes como los que navegais en sus mares... y vosotros los que no poseeis las cosas públicas ni las privadas sino por él...» (2).

Enrique VII fué llamado á Italia por los Gibe-

perum, pupillorum, mercatorum, peregrinorum promptissimus defensor; raptorum, tyrannorum, malefactorum, rigidissimus exterminator» (BALUZE, *Miscellan.*, t. I, p. 112).

(1) BARTHOLD, *der Romerzug König Heinrichs von Lützelburg*, t. I, p. 285.

(2) El texto de la carta se encuentra en la edicion de la *Divina Comedia* de BALDASSARE LOMBARDO. BARTHOLD da una traduccion completa (*Der Romerzug*, t. I, p. 349-343).

linos; pero gracias á un feliz concurso de circunstancias, no le fueron hostiles los Güelfos. El papa favorecía su empresa (1), encadenado en Aviñon, esperando que el apoyo del emperador le abriría las puertas de Roma y le volvería su independencia; ¿qué cosa tan admirable es que el emperador se haya creído ser el predestinado á dar la paz á las ciudades italianas, desgarradas por el furor de las facciones? (2). Sus primeros resultados, que parecían milagrosos, le confirmaron en sus ilusiones; se le hubiera creído un ángel de paz ante el cual enmudecen todas las pasiones; bajó los Alpes seguido solamente de dos mil caballeros; y á su voz, los señores que se habían erigido en dueños de la república resignaban su tiranía; las ciudades güelfas y gibelinas abrían sus puertas á los vicarios imperiales; la paz, la justicia y la libertad reaparecían allí donde había imperado la division, el odio y la opresion (3). El honrado emperador se imaginó que había calmado disensiones seculares y apagado odios inveterados: en apariencia ya no había Güelfos y Gibelinos; todo esto era una bella ilusion. Una varita mágica habia adormecido á los Italianos; pero este sueño ficticio no podia ser duradero; el odio del nombre aleman quedaba en el fondo de las almas, ardiente como el sol de Italia; bien pronto los sentimientos de caridad se convirtieron en gritos de: «¡Muerte á los Alemanes! ¡Muerte á los Bárbaros!» (4). Italia fué de nuevo campo de batalla entre Güelfos y Gibelinos; el emperador tuvo que conquistar su corona, y Roma misma cayó en poder de sus enemigos, haciendo Enrique vanos esfuerzos para apoderarse de la iglesia de San Pedro, donde debía verificarse la ceremonia de su consagracion (5).

Sin embargo, esta resistencia no disminuyó en nada la confianza del rey; á falta de fuerza, llamó el derecho en su ayuda; reunió dietas y ordenó instrucciones judiciales, no tratándose nada ménos

(1) Clemente V escribió á las ciudades italianas, exhortándolas á que se sometiesen á Enrique (RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1310, § § 9-15).

(2) Enrique creía tener la mision de reconciliar á los Güelfos y á los Gibelinos. Véase su discurso á los jefes de su ejército que favorecían á los Gibelinos y maltrataban á los Güelfos (ALB. MUSSAT., II, 4).

(3) BARTHOLD, *Ramerzug*, t. I, p. 411 y sig.—SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, c. XXVII.

(4) ALB. MUSSATENS., I, 8: «Bononienses plebiscita legesque in Regem regique obsequentes statuere, in quibus et imperatoris nomen proferenti capitale sit supplicium.»

(5) BARTHOLD, *der Ramerzug*, t. I, p. 475 y sig.—SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, c. XXVII.

que de acusar ante el imperio á todos los que se atreviesen á resistir al emperador, puesto que eran culpables de lesa majestad, segun las leyes romanas. Apoyado en su derecho (1), Enrique VII no retrocedió ante ninguna consecuencia, y condenó á las ciudades á demoler sus fortificaciones, privándoles de sus franquicias é imponiéndoles multas; los principales Güelfos fueron puestos fuera de la ley (2); el rey de Nápoles mismo, aliado de los Güelfos, fué citado ante el tribunal imperial y condenado en rebeldía como culpable de lesa majestad. La sentencia dice que queda depuesto y que incurrirá en la pena de muerte si se presentase en las tierras del imperio (3). Al ver á Enrique VII condenando á un rey poderoso, cabe sospechar que el orgullo extraviaba su razon (4); pero los contemporáneos no lo juzgaron así; nadie disputa la legalidad de las decisiones (5). Enrique reunió todas sus fuerzas para asegurar su ejecucion. Uno de los mejores historiadores del siglo XVI dice que el mundo esperaba grandes acontecimientos, y que sólo la muerte del emperador salvó la casa de Anjou (6).

¿Habría restablecido Enrique la majestad del imperio, tal como lo creían sus contemporáneos (7), si Dios le hubiese conservado la vida? No tenia de su parte más que su entusiasmo y la conviccion profunda de su derecho; por lo demas, los sentimientos generales de su tiempo no le prestaban apoyo alguno. Alemania habia renunciado á la ambicion del imperio, no viéndose ya que los grandes dignatarios acompañasen á su rey en las expediciones de Italia; su séquito se parecia al de un jefe germano que, por su valor, lleva en pos de sí guer-

(1) Enrique VII, en una ley dada en Pisa en 1312, dice: «Divina præcepta quibus jubetur, quod omnis anima Romanorum principi sit subjecta» (*Edictum de crimine lesæ majestatis*, en PERTZ, *Lep.*, t. II, p. 544).

(2) Véanse las *Actas* en PERTZ, *Lep.*, t. II, p. 519-528, 537-543.

(3) «Eundem Robertum, rebellem, proditorem et hostem Imperii, dictæque majestatis crimine reum, de toto predicto Imperio exbannimus et diffidamus, et ipsum, si quo tempore in nostram et imperii fortiam venerit, vita per capitis mutilationem privandum, in his scriptis sententialiter condemnamus...» (PERTZ, II, 545-549).

(4) VOLTAIRE (*Anales del Imperio*, año 1313) dice de todas estas sentencias: «Wenceslao, loco, no hubiera dado semejantes rescriptos.»

(5) BARTHOLD, *der Ramerzug*, t. II, p. 322, 388 y siguientes.

(6) VILLANI, IX, 53.

(7) *Gesta Balduini, Trevirensis Archiepiscopi*, II, 17 (BALUZM., *Miscell.*, t. I, p. 133): «Illud gloriosum romanum imperium vere fuerat revocatum, condemnatum, et in maxima parte restauratum: cujus recuperationis finis imminabat, quod, proh dolor, ista mors pessima toti catholice fidei nociva pessime prohibebat.»

rerer impacientes de aventuras y ávidos de botín (1); no es á la cabeza de algunos compañeros como puede un emperador decirse rey del mundo. Aquel señor de la tierra se hallaba en una penuria tal, que en Génova le fué imposible pagar sus gastos, y desde su morada imperial oyó los clamores de los tenderos contra la pobreza del reyezuelo alemán (2). Enrique VII tenia la doble ambición de reconstituir un pasado glorioso; pero no se resucita lo muerto: todos los ensayos para hacer al tiempo andar hacia atrás no sirven más que para demostrar que la muerte es irrevocable.

III.

La empresa de Enrique VII tenia alguna grandeza por el carácter caballeresco del príncipe; aunque no dispusiera más que de pocos medios, hizo nacer grandes esperanzas y se atrajo las miradas de la cristiandad. Aunque irrealizable, la idea del imperio era una idea seria; pero el nieto de Enrique VII supo hacerla ridicula. Carlos IV tenia, como su abuelo, la conviccion del derecho del imperio á la dominación del mundo, y se complacia en llamar al emperador en la *Bula de oro* dueño de la tierra; pero le faltaba el alma elevada de Enrique VII. Este débil príncipe, en vez del orgullo, tenia la vanidad de la dignidad imperial; las dos terceras partes de las leyes que dió á Alemania tienen por objeto la pompa pública de la coronación y el ceremonial de la corte de quien era idolatrado (3). Cuando Carlos IV pasó los Alpes, no llevaba más fin que añadir la corona de hierro y la corona imperial á la que llevaba como rey de Alemania; en cuanto á los derechos del imperio, no se ocupaba de ellos sino cuando podían producirle dinero; su gran preocupación era la de observar con minuciosa exactitud todas las ceremonias de la coronación prescritas por el papa, rivalizando con el soberano pontífice en pequeñeces. Inocencio VI mandó desde Aviñon que «el prefecto de Roma llevase espada ante el emperador, como signo de honor y no como señal de jurisdicción; que el papa estaria en su trono rodeado de cardenales, y que

(1) BARTHOLD, *der Ramerzug*, t. I, p. 392 y siguientes.

(2) BARTHOLD, *der Ramerzug*, t. II, p. 149 y siguientes.

(3) Estas palabras son de PFEFFEL, *Compendio de la historia y del derecho público de Alemania*, año 1378, p. 407. En la *Bula de oro* se trata de cosas de esta importancia: la mesa del emperador tres pies más alta que la de la emperatriz, y la de la emperatriz, tres pies más alta que la de los electores, etc.

el emperador empezaría por besarle los pies...»

¡Hé ahí las miserias de que se ocupaban el jefe espiritual y el jefe temporal de la cristiandad! Ya no quedaba del imperio más que el nombre, reduciéndose el poder de los dueños de la tierra á una vana pompa; los contemporáneos hablaban con desprecio de este emperador de teatro. Al entrar en Italia con trescientos caballeros desarmados, dice Villani que parecia, más que un emperador, un comerciante que va á la feria. Él, jefe nato de los Gibelinos, se hizo el más humilde servidor del papa, y prometió no permanecer más que un día en Roma, comprometiéndose á partir inmediatamente después de la coronación (1). Los Italianos, que habian demostrado siempre respeto á la autoridad imperial, por más que combatesen al emperador, no tuvieron para Carlos IV más que desdén. El Petrarca, que tenia en el imperio las ilusiones de un admirador de la antigüedad (2), se indignó de aquella cobarde condescendencia y exclamó: «Huye sin que se le persiga; y para justificarse, dice que ha jurado no permanecer más que un día en Roma. ¡Oh juramento deplorable! ¡Oh día de vergüenza!» (3). Los historiadores repiten estas palabras, llamando, además, á Carlos IV *la peste del imperio* (4); no merece ni tanto honor ni este exceso de indignación; no es él quien ha matado el imperio, ha sido el papado. La idea del imperio sobrevivía ciertamente; pero no era más que una teoria de legisla y una vana pretensión inherente á la corona de Alemania, á la manera de esos títulos de obispados que no existen más que en la historia (5).

Habiendo muerto el imperio, el pontificado reivindicó para si los dos poderes; sin embargo, acabó por apercibirse de que el poder espiritual perdía su fuerza desde el momento en que le faltaba el

(1) RAYNALD., a. 1346: «Promitto quod ante diem mihi pro coronatione imperiali præfigendam non ingrediar Urbem Romanam, quodque ipsa die, qua coronam recepero, dictam Urbem exibo cum tota gente mea et extra totam terram Romanæ Ecclesiæ recto gressu transferam versus terras imperio subjectas, nunquam post modum ad Urbem, regna prædicta Sicilia, Sardinie, Corsica, vel alias terras Romanæ Ecclesiæ, nisi de speciali licentia sedis Apostolicæ accessurus.»

(2) PETRARCA escribe á Carlos IV: «Para mí no sois el rey de Bohemia; yo veo en vos el rey del mundo, el emperador romano, el verdadero César» (*Famil., Epist.*, x, 1).

(3) PETRARCA, *Epist.* (en GOLDAST, *Monarquía*, t. II).

(4) El emperador Maximiliano I es quien le ha llamado así (PFEFFEL, *Derecho público*, p. 407).

(5) La idea del imperio llega á ser casi ridicula cuando se oye decir á emperadores como Wenceslao que «los reyes de los Romanos están colocados por encima de todos los poderes temporales por la voluntad de Dios» (MARTENE, *Amplius. Collect.*, tomo VII, p. 323).

apoyo del poder temporal, y entonces trató de resucitar el imperio. En el siglo XIV, los papas exaltaron el poder temporal, para hacer de él un arma contra los reyes; pero en vano reconoció Bonifacio VIII la supremacía del emperador sobre los reyes de Francia; en la lucha entre el papa y Felipe el Hermoso, no es el emperador ni el papa, sino la voz del pueblo quien triunfó; mientras el pontificado, que había destruido el imperio, trataba de restablecerlo, se iban formando las nacionalidades, y protestaron contra la monarquía universal del papa y contra la monarquía universal del emperador; tenemos un interesante testimonio de este movimiento del espíritu nacional en *Le Songe du Vergier*, obra de un legista del siglo XIV, que se propone sostener la causa del Estado contra las usurpaciones de la Iglesia. La Iglesia y el imperio se apoyaban recíprocamente para dominar el mundo, y el legista francés rechaza la idea de la monarquía universal, negando que esté fundada en el derecho divino, porque no está consagrada en la ley antigua ni en el Evangelio, viéndose, por el contrario, la preexistencia de los reinos particulares. ¿Qué es, pues, la monarquía universal de Roma? «Es el resultado de la violencia y de la injusticia que va contra el mandato de Dios, que ha dividido los señoríos del mundo entre los reyes, los duques y los príncipes», (1). Hé ahí la primera reivindicación del derecho de las nacionalidades contra el pretendido derecho del emperador al dominio del mundo; y esto es decisivo: las naciones son de Dios, como dice el legista francés, mientras que la monarquía no ha sido nunca más que una usurpación de la fuerza.

Los papas continuaron defendiendo la idea del imperio, inseparable de la unidad católica; pero cuando la Europa se vió amenazada de una nueva invasión oriental de la fe mahometana, los papas trataron de reunir á la cristiandad bajo las banderas de aquel que se decía siempre jefe temporal del mundo cristiano. *Eneas Silvio* (después papa bajo el nombre de Pio II) escribió una teoría de los derechos del emperador; quiere hacer de él el monarca universal, pero este señor de la tierra no tiene ningún poder, ni aun en Alemania; *Eneas Silvio* lo confiesa tristemente: «Su poder es nulo, dice dirigiéndose á los príncipes alemanes; no le obedecéis

(1) *Le Songe du Vergier*, lib. I, c. XXXVI (*Tratados de las libertades de las Iglesias anglicanas*, t. II, p. 30-36).

sino cuando queréis, y queréis las menos veces posibles; ninguno piensa más que en su interés, y de aquí las guerras incesantes que debilitan la Alemania. ¿Cómo pueden gobernar el mundo los que no saben gobernarse á sí mismos?», (1). Este es el canto de cisne del imperio. Oigamos al mismo escritor la oración fúnebre de la unidad de la Edad Media: «La cristiandad es un cuerpo sin cabeza, una república sin leyes ni magistrados; sólo queda ya al papa y al emperador el brillo que dan las grandes dignidades; son fantasmas deslumbradores que no están en estado de mandar y que nadie quiere obedecer. Cada país es gobernado por un soberano particular, y cada príncipe tiene sus intereses separados.»

Sin embargo, la idea del imperio había tenido tanto prestigio, que siguió siendo el ideal de la humanidad; hemos dicho y repetido que este ideal es falso; ahora bien: ¿será que los pueblos y los conquistadores que han perseguido la monarquía universal, ó los pensadores que han visto en ella la realización de la paz y la armonía, habrán sido juguetes de un largo error? No, no todo es falso. ni aun en nuestras ilusiones; la unidad es una necesidad irresistible del género humano; si la monarquía universal ha tenido tanta resonancia en la historia y en el dominio del pensamiento, es porque parecía que el imperio iba á satisfacer esta necesidad; y si esta idea ha perdido su influencia, es porque prescinde de otro elemento también muy esencial de la naturaleza humana, la diversidad, la individualidad, que ha tomado un inmenso desarrollo en las sociedades modernas y que domina hoy, aunque no llena el vacío que debía satisfacer la idea del imperio. Existe en la conciencia humana el germen de un ideal superior al de la antigüedad y al de la Edad Media, que tiende á conciliar todas las exigencias de nuestra naturaleza y á dar la paz y la armonía, sin absorber lo que hay de individual en la creación y respetando la diversidad de los caracteres nacionales, sin olvidar que las naciones no son más que miembros de un gran todo; este es nuestro ideal; la humanidad no le alcanzará, porque le es imposible llegar á la perfección; pero nuestro deber es perfeccionar incesantemente el estado social, teniendo en cuenta el término de nuestros destinos.

(1) *ÆNEAS SYLVIUS, German.*, c. LXIII, en *GOLDAST, Política Imperial*, p. 551.

CAPITULO II

DECADENCIA DEL PONTIFICADO

SECCIÓN I.^a

VICIOS DE LA MONARQUÍA PONTIFICIA

La unidad de la Edad Media descansaba sobre dos cabezas: el papa y el emperador, jefe el uno espiritual y el otro temporal de la cristiandad. La unidad con dos cabezas es un contrasentido, porque la soberanía es indivisible; y al quererla dividir, se obtendrá la guerra en lugar de la armonía; por esto la unidad de la Edad Media no fué sino una larga lucha entre el sacerdocio y el imperio, tendiendo á destruirse mutuamente; el pontificado es el que fundó el imperio y el que le arruinó; el emperador no era más que un nombre, una sombra; siendo, pues, en el hecho el papa el jefe único de la cristiandad, ¿por qué no llegó á realizar la unidad?

El papa se dice vicario del Dios uno, llamado á gobernar en su nombre la tierra; este imperio, así como el cristianismo, en el cual tiene su raíz, es, en apariencia, puramente espiritual; al lado del papa existen los reyes, que ejercen la soberanía temporal; pero el soberano espiritual domina á los soberanos temporales, como el alma domina al cuerpo; hay, pues, un elemento temporal en la dominación del pontificado: la escuela ultramontana

sostiene, y con razón, que esta es una condición necesaria de la unidad cristiana. En efecto, la unidad cristiana está comprometida cuando los soberanos temporales son independientes; los hechos lo prueban: en cuanto el pontificado perdió su poder temporal, su poder espiritual quedó amenazado, y, por último, fué irrevocablemente destruido.

Así, por la fuerza de las cosas, el pontificado debía, si quería realizar la unidad cristiana, aspirar á la monarquía; monarquía, á la verdad, espiritual en su principio, pero que tendía fatalmente á una supremacía temporal. Esta dominación espiritual y temporal juntamente, que es de esencia en el pontificado, fué la causa de su ruina: su supremacía temporal amenazaba la independencia de los pueblos, su supremacía espiritual amenazaba la libertad de la razón; y como las naciones tienen su principio en Dios, todo poder que las ataque debe, tarde ó temprano, perecer, porque viola las leyes de la creación; por su parte, la razón es un rayo de la divinidad; querer detener su desarrollo es atacar á Dios mismo; el pontificado, este pretendido órgano de Dios, contradecía, pues, la obra del